

el secreto de mi marido

Hay verdades
que no deberías
descubrir nunca



Liane Moriarty

Título original: *The Husband's Secret*

© 2013, Liane Moriarty. Todos los derechos reservados

© De la traducción: Mario Grande, 2013

© De esta edición:

2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

Diseño de cubierta: Lisa Amoroso

Imagen de cubierta: © Don Farrall Image Bank/Getty

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-8365-611-2

Depósito legal: M-248-2014

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

*Para Adam, George y Anna
Y para Amelia*

«Errar es humano, perdonar es divino».

ALEXANDER POPE

Pobre, pobre Pandora. Zeus la envía a casarse con Epimeteo, un hombre no demasiado brillante a quien ni siquiera conoce, llevando como regalo nupcial un ánfora misteriosa herméticamente tapada. Nadie le ha explicado el contenido del ánfora. Nadie le ha advertido que no la destape. Pero, naturalmente, ella la abre. ¿Qué otra cosa puede hacer? ¿Cómo iba a saber que todas esas terribles calamidades iban a escapar del interior para atormentar para siempre al género humano y que lo único que quedaría dentro sería la esperanza? ¿Cómo no había una etiqueta de advertencia?

Y, luego, todo el mundo exclamaría: Oh, Pandora. ¿Dónde está tu fuerza de voluntad? Te dijeron que no abrieras esa caja, tú, chica fisgona, mujer de insaciable curiosidad, contempla ahora lo que has hecho. Y ella se defenderá. Para empezar era un ánfora, no una caja, y, además, cuántas veces tendrá que decirlo, ¡nadie le dijo que no la destapara!

LUNES

CAPÍTULO UNO

Todo empezó a causa del Muro de Berlín. De no haber sido por el Muro, Cecilia no habría encontrado nunca la carta ni estaría ahora aquí sentada, a la mesa de la cocina, sin decidirse a abrirla.

El sobre de un tono grisáceo estaba cubierto de una fina capa de polvo. Las palabras, escritas con bolígrafo azul de punta fina, con una letra tan familiar como la suya propia. Le dio la vuelta. Estaba sellado con una tira amarillenta de cinta adhesiva. ¿Cuándo se habría escrito? Parecía antiguo, como si se hubiera escrito hacía muchos años, aunque no podría asegurarlo con certeza.

No iba a abrirlo. Estaba meridianamente claro que no debía abrirlo. Era la persona más resuelta que conocía y ya había decidido no abrir el sobre, de manera que no iba a darle más vueltas.

Aunque, bien mirado, ¿qué podía pasar si lo abría? Cualquier mujer lo abriría sin pensar. Hizo una lista mental de todas sus amigas y pensó cuál sería su respuesta si las llamara por teléfono ahora mismo y les pidiera su opinión.

Miriam Openheimer: Sí. Ábrelo.

Erica Edgecliff: Te estás quedando conmigo, ya estás abriéndolo.

Laura Marks: Debes abrirlo y luego leérmelo en voz alta.

Sarah Sacks: No tendría sentido preguntarle a Sarah, porque es incapaz de tomar una decisión. Si Cecilia le preguntaba si quería té o café, se quedaba un minuto con el ceño fruncido sopesando los pros y los contras de las respectivas bebidas antes de acabar diciendo: «¡Café! ¡No, espera, té!». Una decisión como la del sobre le costaría un derrame cerebral.

Mahalia Ramachandran: De ninguna manera. Sería una falta total de respeto a tu marido. No debes abrirlo.

Mahalia podía resultar un tanto tajante en ocasiones, con esos inmensos ojos castaños suyos tan moralistas.

Cecilia dejó la carta en la mesa de la cocina y fue a poner la tetera.

Maldito Muro de Berlín y la dichosa Guerra Fría y quienquiera que fuese el que, en el año mil novecientos cuarenta y tantos, se puso a meditar sobre el problema de qué hacer con aquellos ingratos alemanes; el mismo que, de pronto, chasqueó los dedos y dijo: «¡Ya lo tengo, qué diantre! ¡Levantaremos un puñetero muro enorme y mantendremos a esos desgraciados dentro!».

Aquellas no parecían las palabras de un brigada británico.

Esther sin duda sabría a quién se le había ocurrido la idea del Muro de Berlín. Era capaz incluso de ponerle fecha de nacimiento. Debió de ser un hombre, por supuesto. Solo un hombre podía concebir algo tan despiadado: tan intrínsecamente estúpido, a la vez que brutalmente efectivo.

¿Era eso sexista?

Llenó la tetera, la enchufó y quitó las gotas de agua del fregadero con papel de cocina para dejarlo reluciente.

Una de las madres del colegio, que tenía tres hijos prácticamente de la misma edad que las tres hijas de Cecilia, había

dicho que cierto comentario de Cecilia era «un pelín sexista», justo antes de empezar la reunión de la Comisión de Festejos la semana pasada. Cecilia no podía recordar qué había dicho, pero no había pasado de ser una broma. Además, ¿no era hora de que las mujeres se pudieran permitir ser sexistas durante los próximos dos mil años o así, hasta empatar el partido?

Tal vez ella fuera sexista.

La tetera empezó a hervir. Introdujo una bolsa de té Earl Grey y contempló cómo se expandían por el agua las volutas oscuras como si fueran de tinta. Había cosas peores que ser sexista. Por ejemplo, podías ser de esas personas que juntan los dedos cuando quieren indicar «un pelín».

Miró el té y suspiró. Ahora mismo le vendría bien una copa de vino, pero se había prohibido el alcohol durante la Cuaresma. Ya solo quedaban seis días. Tenía una botella de Shiraz del bueno lista para abrir el Domingo de Pascua, cuando esperaba a comer a treinta y cinco adultos y veintitrés niños, y entonces sí que lo iba a necesitar. Solía ejercer de anfitriona en Pascua, así como el Día de la Madre, el Día del Padre y en Nochebuena. John-Paul era el mayor de seis hermanos, todos ellos casados y con hijos. Una auténtica multitud. Por eso, la clave residía en la planificación. Una meticulosa planificación.

Se sirvió una taza té y se la llevó a la mesa. ¿Por qué decidió dejar el vino durante la Cuaresma? Polly era más sensata. Se había quitado la mermelada de fresa. Cecilia nunca había visto a Polly manifestar poco más que un interés pasajero por la mermelada de fresa, si bien ahora solía encontrarla con la puerta del frigorífico abierta y mirando el tarro con ansia. El poder de la renuncia.

— ¡Esther! — llamó.

Esther estaba en la habitación contigua viendo con sus hermanas *The Biggest Loser* al tiempo que compartían una bolsa gigante de patatas fritas con sal y vinagre que había sobrado

de la barbacoa del Día de Australia unos meses antes. Cecilia no entendía por qué a sus tres esbeltas hijas les encantaba ver sudar, llorar y pasar hambre a gente obesa. No parecía estar contagiándoles hábitos de alimentación saludables. Debería entrar y confiscarles la bolsa de patatas fritas, solo que habían cenado salmón y brócoli al vapor sin protestar y no se veía con fuerzas para empezar una discusión.

Oyó un grito procedente de la televisión: «¡No se consigne nada sin esfuerzo!». No le pareció mal que sus hijas escucharan una frase como esa. Nadie lo sabía mejor que ella. Pero, de todas formas, no le gustaban los gestos de repugnancia que se dibujaban en sus tersos rostros juveniles. Se cuidaba mucho de hacer comentarios negativos sobre el aspecto físico delante de sus hijas, aun cuando no podía decir lo mismo de sus amigas. El otro día, sin ir más lejos, Miriam Openheimer dijo lo suficientemente alto como para que todas sus impresionables hijas lo oyeran: «¡Dios, mirad qué tripa tengo!», y se pellizcó la carne con los dedos como si fuera algo asqueroso. Magnífico, Miriam, como si nuestras hijas no recibieran ya un millón de mensajes al día para odiar su cuerpo.

Aunque la verdad es que la tripa de Miriam estaba un poco fofa.

— ¡Esther! — volvió a llamar.

— ¿Qué pasa? — respondió Esther en un tono paciente y sufrido que Cecilia sospechó era una imitación inconsciente del suyo.

— ¿De quién fue la idea de levantar el Muro de Berlín?

— Bueno, ¡lo más seguro es que fuera de Nikita Khrushchev! — respondió Esther inmediatamente, recreándose en la pronunciación del exótico nombre, con su peculiar interpretación de la fonética rusa—. Era algo así como el primer ministro de Rusia, solo que era el que mandaba en todo. Pero podía haber sido...

Sus hermanas saltaron al momento con su impecable cortesía habitual.

—¡Calla, Esther!

—¡Esther! ¡No puedo oír la televisión!

—¡Gracias, cariño! —Cecilia tomó un sorbo de té y se imaginó viajando hacia atrás en el tiempo y ajustándole las cuentas al tal Khrushchev.

No, señor Khrushchev, te vas a quedar sin muro. No va a ser la prueba de que el comunismo funciona. No va a funcionar de ninguna manera. Ahora, mira, estoy de acuerdo en que el capitalismo no es la maravilla de las maravillas. Si quieres te enseño la última factura de mi tarjeta de crédito. Pero lo que de verdad necesitas es volver a ponerte la gorra de pensar.

Y luego, cincuenta años después, Cecilia no habría encontrado está carta que le estaba haciendo sentirse tan..., ¿cómo decirlo?

Descentrada. Eso era.

Le gustaba sentirse centrada. Estaba orgullosa de su capacidad para centrarse. La vida cotidiana se componía de mil piezas diminutas —falta cilantro, cortar el pelo a Isabel, quién cuida de Polly el martes cuando lleve a Esther al logopeda—, como uno de esos enormes rompecabezas que Isabel solía pasarse horas haciendo. Y, sin embargo, Cecilia, que no tenía paciencia para los puzzles, sabía a la perfección dónde encajaba cada diminuta pieza de su vida y dónde había que ponerla.

Bueno, de acuerdo, quizá la vida que llevaba no tuviera nada de insólito o impresionante. Era una madre metida en la junta del colegio y representante de Tupperware a tiempo parcial, no una actriz o una agente de seguros o... una poetisa residente en Vermont. (Cecilia había descubierto hacía poco que Liz Brogan, una chica del instituto, era ahora una laureada poetisa residente en Vermont. Liz, la que tomaba sándwiches

de queso y Vegemite* y siempre perdía el abono de transporte. Cecilia tuvo que hacer de tripas corazón para no dejarse llevar por el disgusto. No es que ella quisiera escribir poesía. Lo que pasa es que si alguien parecía destinada a una vida anodina esa era Liz Brogan). Por supuesto, Cecilia nunca había aspirado más que a la normalidad. A veces se sorprendía a sí misma pensando: *Aquí estoy, la típica madre de un barrio residencial*, como si alguien la hubiera acusado de hacerse pasar por algo más, por alguien superior.

Otras madres hablaban de su sensación de agobio y las dificultades de centrarse en algo, y siempre estaban diciendo: «¿Cómo puedes con todo, Cecilia?», y ella no sabía qué responder. Lo cierto es que no comprendía qué era lo que les parecía tan difícil.

Pero ahora, inexplicablemente, salvo por su relación con aquella estúpida carta, todo parecía estar en peligro. No era lógico.

Quizá no tenía nada que ver con la carta. Quizá fuera hormonal. Según el doctor McArthur, podía estar entrando en la «premenopausia». («De eso, nada», había saltado Cecilia como un resorte, como si respondiera a un insulto amable y chistoso).

Tal vez fuera un caso de esa ansiedad indefinible que sabía que experimentaban algunas mujeres. Otras mujeres. Siempre había pensado que las personas con ansiedad molaban. Personas ansiosas entrañables como Sarah Sacks. Le entraban ganas de acariciar sus cabezas tan repletas de preocupaciones.

Tal vez, si abría la carta y veía que no era nada, volvería a centrarse. Tenía cosas que hacer. Dos lavadoras que tender. Tres llamadas telefónicas urgentes que hacer. Comprar pan sin

* Vegemite: es una pasta para untar especialmente en sándwiches y tostadas de sabor salado y color marrón.

gluten para los miembros con intolerancia al gluten del School Website Project (es decir, Janine Davidson) que se reunían al día siguiente.

Aparte de la carta, había otras cosas que le provocaban ansiedad.

El asunto del sexo, por ejemplo. Siempre estaba al fondo de su mente.

Frunció el ceño y pasó las manos por los costados a la altura de la cintura. Los «músculos oblicuos», según su profesor de Pilates. Oh, mira, el sexo no era nada. En realidad, no lo tenía en mente. Se negaba a pensar en ello. Carecía de importancia.

Era verdad, tal vez, que desde cierta mañana del año pasado se le había hecho palpable una sensación latente de fragilidad, una intuición de que aquella vida de cilantro y lavadoras podía venirse abajo en cualquier momento y la normalidad esfumarse, y de pronto te convertías en una mujer arrodillada, con el rostro vuelto al cielo, y algunas mujeres iban corriendo a ayudarte, mientras que otras apartaban la vista y pensaban, aun cuando no lo dijeran con palabras: *Que no me toque a mí.*

Cecilia volvió a ver por enésima vez al pequeño Spiderman volando. Ella era una de las mujeres que corrían. Bueno, por supuesto que sí, después de abrir de golpe la puerta del coche, aun sabiendo que nada de lo que ella hiciera cambiaría las cosas. No era su colegio, ni su barrio ni su distrito. Ninguna de sus hijas había jugado jamás con el pequeño Spiderman. Ella misma nunca había tomado café con la mujer arrodillada. Dio la casualidad de que estaba parada en el semáforo del cruce cuando ocurrió. Un niño de unos cinco años, vestido con el disfraz rojiazul completo de Spiderman aguardaba en la acera de la mano de su madre. Era la Semana del Libro. Por eso el niño iba disfrazado. Cecilia se quedó mirándolo y pensando: *Mmm, en realidad Spiderman no es el personaje de un libro,*

cuando inexplicablemente, al menos para ella, el niño se soltó de la mano de su madre, bajó el bordillo y se adentró en el tráfico. Cecilia dio un grito. Además, según recordaba, después aporreó instintivamente el claxon con el puño.

Si Cecilia hubiera pasado unos momentos después no lo habría visto. Diez minutos después y la muerte del niño no habría significado para ella más que otro desvío del tráfico. Ahora era un recuerdo que probablemente haría que sus nietos le dijeran algún día: «No me aprietes tanto la mano, abuela».

Estaba claro que no existía relación alguna entre el pequeño Spiderman y la carta.

Pero la imagen le venía a la cabeza en los momentos más peregrinos.

Cecilia deslizó la carta con la punta de los dedos hasta el otro lado de la mesa y tomó un libro de la biblioteca de Esther: *Auge y caída del Muro de Berlín*.

Conque el Muro de Berlín. Maravilloso.

La primera noticia de que el Muro de Berlín estaba a punto de convertirse en parte importante de su vida la había tenido esa mañana durante el desayuno.

Cecilia y Esther estaban sentadas en la mesa de la cocina. John-Paul se encontraba de viaje en Chicago hasta el viernes, e Isabel y Polly seguían durmiendo.

Cecilia no solía sentarse allí por las mañanas. Por lo general desayunaba de pie junto a la encimera mientras preparaba los almuerzos, comprobaba los pedidos de Tupperware en el iPad, vaciaba el lavaplatos o enviaba mensajes a clientes sobre sus citas y demás, pero esta era una rara oportunidad para disponer de algún tiempo a solas con su peculiar y querida hija mediana, de modo que se sentó con su muesli Bircher, mientras Esther despachaba un cuenco de copos de arroz, y esperó.

Había aprendido eso con sus hijas. A no decir una palabra. A no hacer preguntas. A darles tiempo suficiente, hasta

que ellas acababan contándole lo que tuvieran en la cabeza. Era como pescar. Exigía silencio y paciencia. (O eso había oído. Cecilia prefería clavarse clavos en la frente antes que ir de pesca).

El silencio no era algo espontáneo en ella. Cecilia era habladora. «En serio, ¿es que nunca cierras el pico?», le había dicho en cierta ocasión un antiguo novio. Hablaba mucho cuando estaba nerviosa. Aquel antiguo novio la debía de haber puesto nerviosa. Aunque también hablaba mucho cuando estaba contenta.

Pero esa mañana no dijo nada. Se limitó a desayunar y esperar hasta que, efectivamente, Esther se puso a hablar.

—Mamá —dijo con el leve ceceo de su vocecilla ronca y precisa—, ¿tú sabías que hay gente que escapó por encima del Muro de Berlín en globos fabricados por ellos mismos?

—No lo sabía —respondió Cecilia, aunque bien podría haberlo sabido.

Adiós, Titanic; hola, Muro de Berlín, pensó.

Habría preferido que Esther le hubiera contado qué tal se encontraba en ese momento, sus preocupaciones sobre el colegio, las amigas, cuestiones relacionadas con el sexo, pero no, ella quería hablar del Muro de Berlín.

Esther había cultivado ese tipo de aficiones o, mejor dicho, obsesiones, desde que tenía tres años. Primero fueron los dinosaurios. Es verdad que a muchos chicos les interesan los dinosaurios, pero el interés de Esther era, bueno, agotador, para ser sinceros, y un tanto peculiar. Era lo único que le interesaba. Dibujaba dinosaurios, jugaba con dinosaurios, se disfrazaba de dinosaurio. «No soy Esther», decía. «Soy T-Rex». Todos los cuentos antes de acostarse tenían que ser sobre dinosaurios. Todas las conversaciones debían guardar alguna relación con los dinosaurios. Menos mal que a John-Paul también le interesaban, porque Cecilia se aburría a los cinco minutos. (¡Ya se habían extinguido! ¡No había nada más que decir!). John-Paul

llevó a Esther a visitar ex profeso el museo. Le llevó a casa algunos libros. Se sentaba con ella horas y horas mientras hablaban de herbívoros y carnívoros.

Posteriormente, los «intereses» de Esther habían abarcado desde las montañas rusas a los sapos de caña. Últimamente le había dado por el Titanic. Ahora que ya tenía diez años, era lo bastante mayor como para buscar por su cuenta en la biblioteca y en la red, y Cecilia estaba asombrada de la información que recogía. ¿Qué niña de diez años se echaba en la cama a leer libros de historia tan grandes y gruesos que apenas podía sujetarlos?

«¡Anímela!», decían sus profesores, pero a veces Cecilia se preocupaba. Le parecía que Esther podía tener algo de autista o, al menos, que se encontraba en algún punto del espectro del autismo. La madre de Cecilia se había reído cuando ella le contó sus preocupaciones. «¡Pero si Esther es exactamente igual que tú de pequeña!», dijo. (Eso no era verdad. No podía compararse con guardar en perfecto orden la colección de muñecas Barbie).

—Pues yo tengo un fragmento del Muro de Berlín —le había dicho Cecilia a Esther esa mañana, porque se había acordado de repente; y fue muy gratificante ver cómo a su hija se le iluminó la cara—. Estaba en Alemania cuando la caída del Muro.

—¿Puedo verlo? —preguntó Esther.

—Puedes quedártelo, cariño.

Joyas y ropas para Isabel y Polly. Un fragmento del Muro de Berlín para Esther.

Cecilia, que contaba entonces diecinueve años, había pasado seis semanas de vacaciones recorriendo Europa con su amiga Sarah Sacks en 1990, pocos meses después del anuncio de la caída del Muro. (La famosa indecisión de Sarah compensada con la famosa resolución de Cecilia las convertía en perfectas compañeras de viaje. Ni conflictos ni nada).

Al llegar a Berlín se encontraron con un montón de turistas a lo largo del Muro, tratando de llevarse fragmentos de recuerdo, valiéndose de llaves, piedras o lo primero que encontraban. El Muro era como la osamenta gigantesca de un dragón que hubiera aterrorizado a la ciudad en otro tiempo y los turistas eran los cuervos picoteando entre sus restos.

Sin las herramientas adecuadas era prácticamente imposible hacerse con un fragmento en condiciones, de manera que Cecilia y Sarah decidieron, bueno, más bien lo decidió Cecilia, comprárselo a los vecinos emprendedores que habían extendido alfombras donde exponían variadas ofertas. Efectivamente, había triunfado el capitalismo. Se podía comprar de todo, desde fragmentos grises del tamaño de canicas a bloques enormes con grafitis pintados con aerosoles.

Cecilia no podía recordar cuánto había pagado por la diminuta piedra gris, que podía haber salido de cualquier jardín. «Seguro que es así», había dicho Sarah la noche en que tomaron el tren para salir de Berlín y ambas se habían reído de su propia credulidad, pero al menos se habían sentido partícipes de un hecho histórico. Cecilia había guardado el fragmento en una bolsa de papel con la leyenda: MI FRAGMENTO DEL MURO DE BERLÍN y, al regresar a Australia, lo había tirado a una caja con el resto de recuerdos que había reunido: posavasos, billetes de tren, menús, monedas extranjeras, llaves de hotel.

Ahora lamentaba ahora no haberse concentrado más en el Muro, haber sacado más fotos, haber recopilado más anécdotas que podría haberle contado a Esther. En realidad, lo que mejor recordaba del viaje a Berlín era haber besado a un guapo muchacho alemán de pelo castaño en una discoteca. El chico se había dedicado a sacar los cubitos de hielo de su bebida y pasárselos por la clavícula, pero lo que en su momento le pareció increíblemente erótico, ahora le parecía antihigiénico y pegajoso.

Ojalá hubiera sido una de esas chicas curiosas y con una fuerte conciencia política que entablaban conversación con la gente de allí sobre lo que significaba vivir a la sombra del Muro. En lugar de eso, ahora a su hija no podía contarle más que historias de besos y cubitos de hielo. Por supuesto, a Isabel y Polly les encantaría oír hablar de besos y cubitos de hielo. O tal vez solo a Polly. Isabel había llegado a esa edad en la que el solo pensamiento de su madre besando a alguien le parecía vergonzoso.

Cecilia puso «Encontrar fragmento del Muro de Berlín para E» en la lista de cosas por hacer ese día (ya tenía apuntadas veinticinco; se valía de una aplicación del iPhone para hacer la lista) y, a eso de las dos de la tarde, entró en el desván a buscarlo.

Quizá fuera mucho decir llamar desván a la zona de almacenamiento en el altillo. Se subía desplegando una escalera desde una trampilla del techo.

Una vez arriba, tuvo que agacharse para no darse un golpe en la cabeza. John-Paul se negaba en redondo a subir allí. Padecía una claustrofobia terrible y subía a diario seis tramos de escalera hasta su despacho con tal de no meterse en el ascensor. Una de sus pesadillas habituales era verse atrapado en una habitación cuyas paredes se encogían. «¡Las paredes!», gritaba nada más despertarse, sudoroso y con los ojos desorbitados. «¿Crees que estuviste encerrado en un armario de pequeño?», le había preguntado una vez Cecilia (hubiera sido muy propio de su suegra), y él contestó que estaba seguro de que no. «En realidad, John-Paul jamás tuvo pesadillas de pequeño», le aseguró su madre cuando ella se lo preguntó. «Era muy dormilón. ¿No será que les das mucho de comer por la noche?». Cecilia ya se había acostumbrado a las pesadillas.

El desván era pequeño y estaba atestado, aunque limpio y bien organizado, por supuesto. En los últimos años, «organizada» parecía haberse convertido en su rasgo más caracterís-

tico. Como si hubiera adquirido cierta notoriedad gracias a esta única cualidad. Tenía gracia que al principio hubiera sido objeto de comentarios y bromas de la familia y las amistades, para acabar perpetuándose, hasta el punto de que su vida ahora estaba extraordinariamente bien organizada, como si la maternidad fuera un deporte y ella, una atleta de élite. Como si pensara hasta dónde podía llegar y cuánto más podría abarcar en su vida sin perder el control.

Por eso otras personas, como su hermana Bridget, tenían habitaciones repletas de trastos polvorientos, mientras que en el desván de Cecilia estaba todo apilado en cajas de plástico blanco con sus correspondientes etiquetas. Lo único que desmerecía allí era la torre de cajas de zapatos del rincón de John-Paul. Le gustaba guardar los recibos de cada año fiscal en diferentes cajas de zapatos. Llevaba años haciéndolo antes de conocer a Cecilia. Estaba encantado con sus cajas de zapatos, de modo que ella se abstenía de decirle que con un archivador el uso del espacio sería mucho más efectivo. Gracias a las etiquetas de las cajas encontró a la primera el fragmento del Muro de Berlín. Quitó la tapa de la caja con la etiqueta «Cecilia: Recuerdos de viajes. 1985-1990», y allí estaba en su bolsa de papel descolorido. Su pequeño trozo de historia. Sacó el fragmento de piedra (¿cemento?) y lo sostuvo en la palma de la mano. Era menor de lo que recordaba. No tenía nada de impresionante, pero seguro que bastaría para obtener la recompensa de una de las raras medias sonrisas de Esther. Había que esforzarse mucho para conseguir una sonrisa de Esther.

Luego Cecilia se dejó llevar (sí, hacía un montón de cosas al día, pero no era ninguna máquina, a veces perdía el tiempo un rato), revolviendo la caja y riéndose de su foto con el muchacho alemán de los cubitos de hielo. Le pasaba como al fragmento del Muro de Berlín, tampoco él era tan impresionante como lo recordaba. Entonces sonó el teléfono fijo, sacándole

de sus ensoñaciones del pasado, saltó como un resorte y se dio un buen porrazo en la cabeza contra el techo. ¡Las paredes, las paredes! Soltó un taco, se tambaleó hacia atrás y dio con el codo en la torre de cajas de zapatos de John-Paul.

Tres de ellas perdieron la tapa y su contenido se esparció, causando una pequeña avalancha de papelajos. Esa era precisamente la razón de que las cajas de zapatos no fueran tan buena idea.

Cecilia soltó otro taco y se frotó la cabeza, que le dolía de verdad. Miró las cajas de zapatos y vio que eran todas de ejercicios fiscales de los años ochenta. Se puso a guardar el montón de recibos en una de las cajas y entonces le llamó la atención ver su nombre en su sobre blanco de la empresa.

Lo tomó y vio que la letra era de John-Paul.

Decía así:

Para mi esposa, Cecilia Fitzpatrick

Abrir después de mi muerte

Soltó una carcajada y se interrumpió bruscamente, como si estuviera en una tertulia y se hubiera reído de algún comentario de alguien pero luego se hubiera dado cuenta de que no tenía gracia, sino que se trataba de algo muy serio.

Volvió a leerlo: *Para mi esposa, Cecilia Fitzpatrick* y, curiosamente, por un momento, notó que sus mejillas se encendían, como si sintiera vergüenza. ¿De él o de sí misma? No estaba segura. Era como si hubiera topado con algo vergonzoso, como si lo hubiera sorprendido masturbándose en la ducha. (Miriam Openheimer había sorprendido una vez a Doug masturbándose en la ducha. Era tremendo que todas lo supieran, pero en cuanto Miriam iba por la segunda copa de champán los secretos fluían de su boca y, una vez que todas se enteraban, ya era imposible ignorarlo).

¿Qué sería lo que contenía la carta? Decidió abrirlo en ese mismo momento, sin pensárselo dos veces, del modo en que

en ocasiones (no muy a menudo) se llevaba a la boca el último bizcocho de chocolate, antes de que su conciencia tuviera tiempo de reaccionar contra su gula.

Volvió a sonar el teléfono. No llevaba reloj y de pronto tuvo la sensación de haber perdido completamente la noción del tiempo.

Metió el resto de los papelajos en una de las cajas de zapatos y bajó con el fragmento del Muro de Berlín y la carta.

En cuanto salió del desván volvió a verse atraída y arrasada por la veloz corriente de su vida. Había que enviar un gran pedido de Tupperware, recoger a las chicas del colegio, comprar pescado para la cena (comían mucho pescado cuando John-Paul estaba fuera, porque él lo odiaba), contestar llamadas telefónicas. El párroco, el padre Joe, había estado llamando para recordarle que mañana era el funeral de la hermana Úrsula. Parecía haber cierta preocupación con la asistencia. Ella iría, por supuesto. Dejó la misteriosa carta de John-Paul encima del frigorífico y dio a Esther el fragmento del Muro de Berlín antes de sentarse a cenar.

—Gracias. —Esther acarició el pequeño fragmento de piedra con un respeto reverencial—. ¿De qué parte del Muro era exactamente?

—Bueno, creo que estaba muy cerca del Checkpoint Charlie —aclaró Cecilia en tono jovial. No tenía ni idea.

De lo que sí estoy segura es de que el muchacho de los cubitos de hielo llevaba una camiseta roja y que cogió mi coleta y la sostuvo entre sus dedos diciendo: «Muy bonita».

—¿Vale dinero? —preguntó Polly.

—Lo dudo. ¿Cómo se puede demostrar que perteneció de verdad al Muro? —cuestionó Isabel—. No es más que un trozo de piedra.

—Por la prueba de ADM —dijo Polly. La niña veía demasiada televisión.

— Se dice ADN, no ADM, y es para las personas — puntualizó Esther.

— ¡Ya lo sé! — Polly había llegado al mundo con la rabia de descubrir que sus hermanas lo habían hecho antes que ella.

— Pues, entonces, ¿por qué...?

— A ver, ¿quién creéis que va a salir expulsado esta noche en *The Biggest Loser*? — preguntó Cecilia al tiempo que pensaba: *Bueno, seas quien seas el que observas mi vida, estoy cambiando de tema de un período fascinante de la historia contemporánea que podría enseñar algo a mis hijas a un programa de telebasura que no les va a enseñar nada, aunque al menos mantendrá la paz y hará que no me duela la cabeza.* Si John-Paul hubiera estado en casa, probablemente no habría cambiado de tema. Ella era mucho mejor madre cuando tenía público.

Las chicas estuvieron hablando de *The Biggest Loser* el resto de la cena y Cecilia hizo como que le interesaba, sin dejar de pensar en la carta que había dejado encima del frigorífico. Una vez que quitaran la mesa y las chicas estuvieran viendo la televisión la cogería para verla.

Dejó la taza de té y sostuvo el sobre al trasluz, medio riéndose de sí misma. Parecía una carta escrita a mano en papel cuadriculado de cuaderno. No pudo descifrar ni una palabra.

¿Habría visto acaso John-Paul en la televisión algo sobre los soldados en Afganistán que escribían cartas para que se las enviaran a sus familias si morían, como si fueran mensajes desde la tumba, decidiendo que estaría bien hacer algo parecido?

Era incapaz de imaginárselo haciendo semejante cosa. Era tan sentimental.

Y bonito también. Si moría, quería que todos supieran cuánto los quería.

... después de mi muerte. ¿Por qué estaba pensando en la muerte? ¿Estaba enfermo? Pero la carta parecía haber sido escrita mucho tiempo atrás y él seguía vivo. Además, se había

hecho un chequeo hacía unas semanas y el doctor Kluger había dicho que estaba tan «en forma como un semental». Luego se había pasado unos días echando la cabeza atrás, relinchando y piafando por toda la casa, con Polly a cuestras blandiendo una servilleta de té a manera de látigo.

Cecilia sonrió al recordarlo y su inquietud se desvaneció. El caso era que hacía unos años John-Paul se había puesto insólitamente sentimental y había escrito aquella carta. No había que sacar las cosas de quicio y, por supuesto, ella no iba a abrirla dejándose llevar por la pura curiosidad.

Miró el reloj de la pared. Casi las ocho de la tarde. Él llamaría pronto. Cuando estaba fuera solía llamar todas las noches a esa hora.

Ni siquiera le iba a mencionar la carta. Sería violento para él y no era un tema apropiado para hablarlo por teléfono.

Ahora bien, ¿exactamente cuándo se supone que habría encontrado la carta si él hubiera muerto? ¿Podría no haberla encontrado nunca! ¿Por qué no se la había dado a su abogado Doug Openheimer, el marido de Miriam? Qué difícil no imaginárselo en la ducha cada vez que se le venía a la cabeza. Por supuesto, no tenía nada que ver con sus dotes de abogado, quizá se refería más a las habilidades de Miriam en el dormitorio. (Cecilia mantenía con Miriam una relación levemente competitiva).

Claro que, en las actuales circunstancias, no era el momento de darse aires en materia de sexo. *Calla. No pienses en el sexo.*

Eso no quitaba que fuera una torpeza que John-Paul no hubiera entregado la carta a Doug. Si él hubiera muerto, lo más seguro era que ella hubiera tirado todas sus cajas de zapatos en uno de sus arrebatos de limpieza sin molestarse en curiosear. Si hubiera querido que encontrara la carta, era una idiotez haberla metido en cualquier caja de zapatos.

¿Por qué no ponerla en la carpeta con la copia de los testamentos de ambos, el seguro de vida y demás?

John-Paul era una de las personas más inteligentes que conocía, menos en lo tocante a la logística de la vida.

—La verdad es que no entiendo cómo los hombres llegaron a gobernar el mundo —le había dicho a su hermana Bridget esa mañana, tras haberle contado que John-Paul había perdido las llaves de su coche de alquiler en Chicago. Cecilia se había puesto de los nervios al ver ese mensaje de texto de él. ¡Y ella sin poder hacer nada! ¡Él tampoco esperaba que ella hiciera nada más que no hacer nada!

A John-Paul le pasaban siempre ese tipo de cosas. La última vez que viajó al extranjero se olvidó el portátil en un taxi. Perdía cosas continuamente. Billeteros, teléfonos, llaves, el anillo de boda. Sus objetos personales se le escurrían.

—Se les da bastante bien construir —había explicado su hermana—. Puentes y carreteras. Quiero decir, ¿tú sabrías hacer una choza? ¿Una simple choza de barro?

—Yo sabría hacer una choza.

—Seguro que tú sí —gruñó Bridget, como si eso fuera un defecto—. Además, no gobiernan el mundo. Tenemos una primera ministra. Y tú gobiernas tu mundo. Gobiernas la familia Fitzpatrick. Gobiernas el Santa Ángela. Gobiernas el mundo del Tupperware.

Cecilia era la presidenta de la Asociación de Padres y Amigos del Colegio de Santa Ángela. Además, era la undécima en el escalafón de vendedoras de Tupperware en Australia. A su hermana estas dos cosas le parecían terriblemente cómicas.

—No gobiernan el hogar de los Fitzpatrick —dijo Cecilia.

—Vaya que no —se carcajeó Bridget.

Era verdad que si Cecilia muriera la familia Fitzpatrick, bueno, era terrible pensar en lo que sucedería. John-Paul necesitaría más que una carta suya. Necesitaría todo un manual,

con plano de la casa incluido, para localizar la lavadora y el armario de la ropa de cama.

El teléfono sonó y se apresuró a cogerlo.

—A ver si lo adivino. Nuestras hijas están viendo a esa gente regordeta —dijo John-Paul.

A ella siempre le había encantado su voz por teléfono: grave, cálida, reconfortante. Oh, sí, su marido era un caso perdido, lo perdía todo, llegaba tarde, pero cuidaba responsablemente de su esposa e hijas al viejo estilo de yo-soy-el-hombre-y-estes-es-mi-trabajo. Bridget estaba en lo cierto. Cecilia gobernaba su mundo, pero ella siempre había sabido que, en caso de emergencia —un asesino enloquecido, una inundación, un incendio—, sería John-Paul quien les salvaría la vida. Se interpondría ante la bala, construiría una balsa, les llevaría sin problemas a través del infierno en llamas y, cumplida su misión, devolvería el control a Cecilia, tantearía los bolsillos y preguntaría: «¿Alguien ha visto mi billetero?».

Lo primero que hizo cuando vio morir al pequeño Spiderman fue telefonar a John-Paul con dedos temblorosos al pulsar los números.

—He encontrado una carta —dijo Cecilia de pronto.

Recorrió con las yemas de los dedos lo que había escrito en el sobre. En cuanto oyó su voz supo que iba a preguntarle por la carta en cualquier momento. Llevaban casados quince años. Nunca habían tenido secretos.

—¿Qué carta?

—Una carta tuya —explicó Cecilia. Intentaba parecer despreocupada y distendida, para que la situación no se le fuera de las manos, y para que el contenido de la carta no significara nada, no cambiara nada—. Dirigida a mí, para abrir después de tu muerte.

Era imposible emplear las palabras «después de tu muerte» con tu marido sin poner una voz rara.

Siguió un silencio. Por un momento creyó que se había cortado la comunicación, pero oía un suave zumbido de voces y cacharros de fondo. Sonaba como si estuviera llamando desde un restaurante.

Se le encogió el estómago.

—¿John-Paul?

CAPÍTULO DOS

*S*i se trata de una broma —dijo Tess—, no tiene ninguna gracia.

Will puso la mano en su brazo. Felicity puso la suya en su otro brazo. Eran como sendos sujetalibros que estuvieran sosteniéndola.

—Lo sentimos mucho, muchísimo —se disculpó Felicity.

—Mucho —repitió Will como si estuvieran cantando juntos un dueto.

Estaban sentados en la gran mesa redonda de madera que a veces utilizaban para reuniones con clientes, pero sobre todo para comer pizza. El rostro de Will tenía una palidez mortal. Tess podía ver cada uno de los diminutos pelos negros de su barba de tres días en alta definición, tiesos, como una especie de campo de cultivo en miniatura que crecía por su piel increíblemente blanca. Felicity tenía tres manchas rojas bien diferenciadas en el cuello.

Por un momento, Tess quedó paralizada por aquellas tres manchas, como si contuvieran la respuesta. Parecían huellas digitales en el nuevo y esbelto cuello de Felicity.

Segundos después, Tess levantó la vista y vio que los ojos de Felicity, sus famosos ojos verdes almendrados («¡Esa chica gorda tiene unos ojos preciosos!»), estaban enrojecidos y lacrimosos.

—Enterarme —dijo Tess—. Enterarme de que vosotros dos... —se interrumpió. Tragó saliva.

—Queremos que sepas que en realidad no ha pasado nada —terció Felicity.

—No hemos..., ya sabes —dijo Will.

—No os habéis acostado juntos. —Tess notó que ambos estaban orgullosos de ello, que casi esperaban que los admirara por su contención.

—Naturalmente que no —declaró Will.

—Pero queréis hacerlo —dijo Tess, a punto de reírse por lo absurdo de la situación—. ¿Eso es lo que me estáis diciendo, no? Queréis acostaros juntos.

«Deben de haberse besado». Eso era peor que si se hubieran acostado juntos. Todo el mundo sabía que un beso robado era la cosa más erótica del mundo.

Las manchas del cuello de Felicity empezaron a subir hasta la mandíbula. Parecía que estaba sufriendo una rara enfermedad infecciosa.

—Lo sentimos mucho —repetió Will—. Nos hemos esforzado para..., para que no ocurriera.

—Es verdad —confirmó Felicity—. Durante meses, sabes, solo...

—¡Meses! ¡Esto lleva durando meses!

—En realidad no ha pasado nada —proclamó Will con tanta solemnidad como si estuviera en la iglesia.

—Bueno, algo sí ha pasado —dijo Tess—. Ha pasado algo bastante importante.

¿Quién le iba a decir que fuera capaz de hablar con tal dureza? Cada palabra sonaba como un bloque de hormigón.

—Lo siento —dijo Will—. Por supuesto, quiero decir, ya sabes...

Felicity apoyó la frente en las yemas de los dedos y rompió a llorar.

—¡Oh, Tess!

Tess alargó involuntariamente la mano para consolarla. Tenían más intimidad que si fueran hermanas. Siempre se lo decía a la gente. Sus madres respectivas habían sido gemelas y Felicity y Tess eran hijas únicas y solo se llevaban seis meses. Todo lo habían hecho juntas.

Una vez Tess le soltó un puñetazo a un chico —un auténtico gancho de derecha en toda la cara—, porque había llamado a Felicity elephantita, que era exactamente lo que parecía en sus años de colegio. Felicity se había convertido en una adulta con sobrepeso, «una chica grande con una cara bonita». Bebía Coca-Cola como si fuera agua, jamás se ponía a dieta ni hacía ejercicio ni parecía importarle particularmente su peso. Pero hacía unos seis meses se había afiliado a los Vigilantes del Peso, había dejado la Coca-Cola, se había apuntado a un gimnasio, consiguiendo perder cuarenta kilos, y se había puesto muy guapa. Extraordinariamente guapa. Era exactamente el tipo de persona que buscaban en el programa *The Biggest Loser*: una mujer imponente atrapada en el cuerpo de una persona gorda.

Tess se había alegrado mucho por ella. «Tal vez ahora encuentre a alguien estupendo», le había dicho a Will. «Ha ganado más confianza en sí misma».

Efectivamente, Felicity había encontrado a alguien realmente estupendo. Will. El hombre estupendo de Tess. Hacía falta tener mucha confianza en sí misma para birlarle el marido a tu prima.

—Lo siento tanto que quiero morirme. —Felicity lloraba.

Tess retiró la mano. Felicity, la puntillosa, sarcástica, graciosa, inteligente y gorda Felicity, hablaba como una animadora de equipo americana.

Will echó la cabeza hacia atrás y clavó la mirada en el techo apretando los dientes. Él también estaba procurando no llorar. La última vez que Tess lo había visto llorar fue cuando nació Liam.

Tess tenía los ojos secos y el corazón desbocado, como si estuviera aterrorizada, como si su vida corriera peligro. Sonó el teléfono.

—No contestes —pidió Will—. No son horas.

Tess se levantó, fue a su mesa y descolgó el teléfono.

—TWF Publicidad —dijo.

—Tess, cariño, ya sé que es tarde, pero tenemos un pequeño problema.

Era Dirk Freeman, director de marketing de Petra Farmacéutica, su cliente más importante y lucrativo. El trabajo de Tess consistía en hacer sentirse importante a Dirk, darle la seguridad de que, aunque tenía cincuenta y seis años y ya no iba a ascender en el escalafón de directivos de la empresa, él era el gran *kahuna* y Tess su sierva, su doncella, su humilde camarera de hecho, a la que podía decirle lo que tenía que hacer o ponerse insinuante, gruñón o distante mientras ella hacía como que se resistía, aunque, a la hora de la verdad, tenía que hacer lo que él decía. Por cierto, el servicio que estaba proporcionando últimamente a Dirk rayaba en lo sexual.

—El color del dragón del envase del Tos Stop está mal —dijo Dirk—. Demasiado morado. Se pasa de morado. ¿Hemos ido a la imprenta?

Sí, habían ido a la imprenta. Cincuenta mil cajitas de cartón habían salido de la imprenta ese día. Cincuenta mil sonrientes dragones morados enseñando los dientes.

¡Menudo trabajo habían dado los dichosos dragones! Un incesante intercambio de correos electrónicos, discusiones... Y, mientras Tess había estado hablando de dragones, Will y Felicity se habían enamorado.

—No —dijo Tess, con la mirada puesta en su marido y su prima, ambos sentados en la mesa de reuniones del centro de la sala, con la cabeza baja, mirándose las yemas de los dedos, como adolescentes castigados después de clase—. Es tu día de suerte, Dirk.

—Ah, creía que sí..., bueno, bien.

Apenas pudo ocultar su decepción. Habría querido dejar a Tess agobiada y preocupada. Habría querido oír el temblor del pánico en su voz.

Su voz se fue haciendo más grave hasta adquirir un tono áspero y autoritario, como si estuviera a punto de lanzar a sus tropas al campo de batalla.

—Necesito que pares todo lo de Tos Stop, ¿de acuerdo? Todo. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido. Parar todo lo de Tos Stop.

—Volveré a llamarte.

Colgó. No había el menor problema con el color. Al día siguiente volvería a llamar y diría que estaba bien. Lo que pasaba era que necesitaba sentirse poderoso durante unos instantes. Probablemente uno de los jóvenes fichajes le había hecho sentirse inferior en una reunión.

—Las cajas de Tos Stop han ido a imprenta hoy. —Felicity se giró y miró con preocupación a Tess.

—Está bien.

—Pero si va a cambiar... —dijo Will.

—He dicho que está bien.

Aún no estaba furiosa. La verdad es que no. Pero barruntaba la posibilidad de una furia peor que cualquiera que hubiera sentido en su vida, un acceso de ira *in crescendo* que podía explotar como una bola de fuego y destruir todo a su alrededor.

No volvió a sentarse. Se dio la vuelta y observó la pizarra blanca donde anotaban los trabajos en curso.

Envases Tos Stop!

*Anuncio de Feathermart en prensa!!
Página web Bedstuff:)*

Resultaba humillante ver su propia letra irregular, despreocupada y confiada con sus frívolos signos de exclamación. La cara sonriente junto a la página web de Bedstuff era porque les había costado mucho conseguir ese trabajo en pugna con empresas mayores, hasta que, por fin, lo habían ganado. Había dibujado la cara sonriente ayer, cuando todavía desconocía el secreto de Will y Felicity. ¿Habrían cruzado miradas ruines a su espalda mientras ella la dibujaba? *Seguro que no sonríe tanto cuando confesemos nuestro secreto, ¿verdad?*

Volvió a sonar el teléfono.

Esta vez Tess dejó que saltara el contestador.

TWF Publicidad. Las iniciales de sus nombres unidas para formar la empresa de sus sueños. La conversación intrascendente de «y si...» hecha realidad.

Hacia dos navidades estuvieron de vacaciones en Sydney. Como era costumbre, habían pasado la Nochebuena en casa de los padres de Felicity, los tíos Mary y Pete de Tess. Felicity seguía estando gorda. Guapa, sonrosada y sudorosa con ropa de la talla 50. Habían tomado la típica barbacoa de salchichas, la tradicional ensalada de pasta cremosa y la habitual tarta *pavlova*. Felicity y Will habían estado quejándose de su trabajo. Jefes incompetentes. Colegas idiotas. Oficinas con corrientes de aire. Y así sucesivamente.

—Dios mío, qué pena me dais —dijo el tío Pete, que no tenía nada de que quejarse porque estaba jubilado.

—¿Por qué no montáis algo juntos? —propuso la madre de Tess.

Ciertamente, todos estaban en sectores parecidos. Tess era la directora de comunicación de marketing de una agencia de publicidad chapada a la antigua. Will era director creativo de una gran y prestigiosa agencia de publicidad muy pagada de sí

misma. (Así se habían conocido: Tess había sido cliente de Will). Felicity era diseñadora gráfica a las órdenes de un malvado tirano.

Las ideas fueron saliendo muy deprisa en cuanto se pusieron a hablar de ello. ¡Una, otra, otra! Para cuando estaban tomando el último bocado de *pavlova* ya estaba todo decidido. ¡Will sería el director creativo! ¡Naturalmente! ¡Felicity, la directora artística! ¡Por supuesto! ¡Tess, la ejecutiva de cuentas! Aunque eso no estaba tan claro. Nunca había desempeñado esa función. Siempre había estado del lado del cliente, por lo que se consideraba a sí misma una especie de introvertida social.

De hecho, unas semanas antes había hecho un test del *Reader's Digest* en la sala de espera de un médico, titulado: «¿Padece usted fobia social?», y sus respuestas (C en todos los casos) confirmaron que sí, la verdad es que padecía fobia social y debería acudir a un profesional o a un «grupo de apoyo». Probablemente, todos cuantos hicieron el test obtuvieron idéntico resultado. Quien no sospecha padecer fobia social no se molesta en hacer el test, se dedica a estar de cháchara con la recepcionista.

Desde luego, no había acudido a ningún profesional ni lo había comentado con nadie. Ni con Will. Ni siquiera con Felicity. Hablar de ello equivalía a aceptar que era verdad. Ambos la observarían cuando estuviera con gente y se mostrarían amablemente comprensivos con ella cuando constataran la humillante prueba de su timidez. Lo importante era disimular. De pequeña, su madre le había dicho en cierta ocasión que su timidez era casi una forma de egoísmo: «Mira, cuando bajas así la cabeza, la gente cree que no te cae bien». A Tess le había llegado al alma. Creció y aprendió a mantener breves conversaciones con el corazón desbocado. Se obligó a establecer contacto visual incluso cuando los nervios la apremiaban a apartar la vista. «Un poco resfriada», era toda la explicación que daba

a su sequedad de garganta. Aprendió a sobrellevarla, igual que otras personas aprenden a sobrellevar la intolerancia a la lactosa o la piel sensible.

De todas formas, Tess no se había tomado muy en serio lo de aquella Nochebuena de hacía dos años. Todo quedó en meras palabras pronunciadas tras haber ingerido una buena cantidad del ponche de la tía Mary. No es que fueran a montar una empresa juntos. Ni que ella fuera a ser la ejecutiva de cuentas.

Pero luego, en Año Nuevo, una vez de vuelta en Melbourne, Will y Felicity siguieron dándole vueltas. La casa de Will y Tess tenía en la planta baja una zona enorme que los anteriores propietarios habían utilizado para sus hijos como «refugio de adolescentes». Contaba con una entrada independiente. No tenían nada que perder. Los costes de establecimiento no serían altos. Will y Tess habían estado invirtiendo dinero extra en su hipoteca. Felicity estaba compartiendo piso. Si no salía bien, podían dejarlo y buscar trabajo.

Tess se dejó llevar por la ola de su entusiasmo. Estuvo encantada de dejar su trabajo, pero la primera vez que se sentó en la sala de espera de la oficina de un posible cliente tuvo que apretarse las manos entre las rodillas para que dejaran de temblar. A menudo notaba que le daba vueltas la cabeza. Incluso ahora, al cabo de dieciocho meses, seguía padeciendo trastornos nerviosos cada vez que conocía a un nuevo cliente. Curiosamente desempeñaba bien su trabajo. «Es usted diferente de la gente de las agencias», le había dicho un cliente al final de su primera reunión mientras se daban la mano para sellar el trato. «Escucha más que habla».

Los horribles nervios se compensaban con la gloriosa euforia que la invadía cada vez que salía de una reunión. Era como caminar por el aire. Lo había conseguido una vez más. Había luchado contra el monstruo y había vencido. Y, lo mejor

de todo, nadie sospechaba su secreto. Captaba clientes. El negocio prosperaba. La campaña de lanzamiento de un producto realizada para una empresa de cosméticos llegó a estar seleccionada para un premio de marketing.

El trabajo de Tess implicaba estar a menudo fuera de la oficina, dejando solos a Will y Felicity durante muchas horas seguidas. Si alguien le hubiera preguntado si eso la preocupaba, se habría reído. «Felicity es como una hermana para Will», habría dicho.

Se dio media vuelta alejándose de la pizarra blanca. Notó que le flaqueaban las piernas. Fue a sentarse en una silla al otro lado de la mesa. Trató de ordenar las ideas.

Eran las seis de la tarde de un lunes. Se hallaba justo en la mitad de la vida.

Su mente estaba ocupada en mil cosas cuando Will subió a decirle que Felicity y él necesitaban contarle algo. Tess acababa de colgar el teléfono a su madre, que había llamado para decirle que se había roto el tobillo jugando al tenis. Tendría que andar con muletas los próximos dos meses y, sintiéndolo mucho, ¿podían celebrar la Pascua este año en Sydney en vez de en Melbourne?

Era la primera vez en quince años, desde que Tess y Felicity se habían mudado a otro estado, que Tess se había sentido mal por no vivir cerca de su madre.

—Tomaremos un avión el jueves a la salida del colegio —había dicho Tess—. ¿Te apañarás hasta entonces?

—Oh, estaré bien. Mary me ayudará. Y también los vecinos.

Pero la tía Mary no sabía conducir y el tío Phil no podía estar llevándola de acá para allá todos los días. Además, Mary y Phil estaban empezando a tener pequeños problemas de salud. Y los vecinos de la madre de Tess eran señoras mayores o familias jóvenes muy ajetreadas que apenas tenían tiempo para

saludar con la mano cuando salían marcha atrás de sus casas con sus grandes coches. No tenían pinta de andar llevándole guisos.

Tess había dudado si sacar un billete de avión a Sydney para el día siguiente y organizar allí la ayuda a domicilio para su madre. A Lucy no le gustaría nada tener a una extraña en la casa. Pero ¿cómo iba a ducharse? ¿Cómo iba a cocinar?

Era un asunto complejo. Tenían mucho trabajo y no le gustaba dejar solo a Liam. Todavía no se había recuperado. En su clase había un chico, Marcus, que se metía todo el rato con él. No es que estuviera acosándolo exactamente. Eso habría dejado las cosas claras y podrían haber recurrido al estricto Código de Prácticas del colegio contra el acoso escolar: «Tenemos tolerancia cero ante el acoso». Marcus era más complicado. Era un pequeño psicópata encantador.

Tess tenía la certeza de que algo nuevo y horrible había pasado ese día con Marcus en el colegio. Le había dado la cena a Liam mientras mientras Felicity y Will estaban abajo trabajando. La mayoría de las noches, Will, Liam y ella, y a veces Felicity, cenaban en familia, pero la página web de Bedstuff tenía que estar activa el viernes, por lo que a todos les tocaba trabajar un montón de horas.

Liam había estado más callado de lo habitual durante la cena. Era un chico soñador y reflexivo, nunca había sido muy charlatán, pero había algo triste impropio de su edad en su forma de cortar mecánicamente los trozos de salchicha con el tenedor y untarlos en la salsa de tomate.

—¿Has jugado hoy con Marcus? —preguntó Tess.

—No —dijo Liam—. Hoy es lunes.

—¿Y qué?

Pero Liam se cerró en banda y se negó a decir una palabra más sobre el tema, y Tess notó que el corazón se le llenaba de cólera. Tenía que volver a hablar con su profesora. Le embar-

gaba la clara sensación de que estaban abusando de su hijo y nadie se daba cuenta. La zona de juegos del colegio era como un campo de batalla.

Eso era lo que tenía Tess en la cabeza cuando Will le había preguntado si podía bajar: el tobillo de su madre y Marcus.

Will y Felicity estaban esperándola sentados a la mesa de reuniones. Antes de reunirse con ellos, Tess recogió todas las tazas de té que había por la oficina. Felicity tenía la costumbre de hacerse cafés que nunca terminaba. Tess puso las tazas en fila sobre la mesa de reuniones y, al sentarse, dijo:

—Nuevo récord, Lissy. Cinco tazas a medias.

Felicity no dijo nada. Miró a Tess de una manera extraña, como si se sintiera verdaderamente mal por las tazas de café, y entonces Will hizo su trascendental anuncio.

—Tess, no sé cómo decir esto —dijo—. Pero Felicity y yo nos hemos enamorado.

—Muy gracioso. —Tess agrupó las tazas de café y sonrió—. Muy divertido.

Pero por lo visto no era una broma.

Entonces apoyó las manos en el tabero de pino de la mesa y los miró fijamente. Tenía las manos pálidas, nudosas y con las venas marcadas. Un antiguo novio, no podía recordar cuál, le había dicho una vez que se había enamorado de sus venas. Will había tenido muchos problemas para pasar el anillo por su nudillo el día de la boda. Los invitados se habían reído discretamente. Will simuló un suspiro de alivio una vez que se lo hubo puesto, mientras acariciaba secretamente su mano.

Tess levantó la vista y vio a Will y Felicity cruzar rápidas miradas de preocupación.

—Entonces es amor de verdad —dijo Tess—. Sois almas gemelas, ¿no?

Un nervio palpitó en la mejilla de Will. Felicity se atusó el pelo.

Sí. Eso era lo que ambos estaban pensando. *Sí, es amor de verdad. Sí, somos almas gemelas.*

—¿Cuándo empezó esto exactamente? —preguntó—. ¿Cuándo surgieron estos «sentimientos» entre vosotros?

—Eso no importa —se apresuró a decir Will.

—¡Me importa a mí! —Tess alzó la voz.

—Creo, no estoy seguro, tal vez hará unos seis meses —murmuró Felicity con los ojos bajos.

—O sea, cuando empezaste a perder peso —conjeturó Tess. Felicity se encogió de hombros.

—Tiene gracia que no la miraras ni una vez cuando estaba gorda —dijo Tess a Will.

El regusto amargo de la maldad inundaba su boca. ¿Cuánto tiempo hacía que no se permitía a sí misma decir algo que fuera pura maldad? Desde la adolescencia por lo menos.

Jamás había llamado gorda a Felicity. Nunca había hecho la menor crítica sobre su peso.

—Tess, por favor —pidió Will sin censura en la voz, solamente una súplica leve y desesperada.

—Está bien —dijo Felicity—. Me lo merezco. Nos lo merecemos.

Alzó la barbilla y miró a Tess con sincera y valiente humildad.

De manera que iban a dejar que Tess se despachara a gusto. Iban a quedarse allí sentados y soportarlo el tiempo que fuera. No iban a responder. Will y Felicity eran buenos en el fondo. Ella lo sabía. Eran buena gente y por eso querían hacer las cosas bien, ser comprensivos y encajar la cólera de Tess, de tal forma que, al final, la mala fuera Tess y no ellos. En realidad no se habían acostado juntos, no la habían traicionado. ¡Se habían enamorado! No era una sórdida aventurilla sin importancia. Era el destino. Estaba predestinado. Nadie podía pensar mal de ellos.

Era genial.

—¿Por qué no me lo has dicho tú solo?

Tess intentó acorralar a Will con los ojos, como si la fuerza de su mirada pudiera traerlo de vuelta de donde se había ido. Los ojos de él, sus extraños ojos color avellana, el color del cobre batido, con espesas pestañas negras, unos ojos bien distintos a los suyos de un vulgar azul claro; los mismos ojos que había heredado su hijo, y que Tess valoraba ahora como algo suyo, una preciada posesión por la que aceptaba agradecida elogios: «Tu hijo tiene unos ojos muy bonitos». «Han salido a los de mi marido. No tienen nada que ver conmigo». Tenían todo que ver con ella. Suyos. Eran suyos. Los ojos dorados de Will solían ser divertidos, siempre estaba dispuesto a reírse de todo, encontraba bastante divertida la vida cotidiana, era una de las cosas que más le gustaban de él, y resultaba que en ese momento estaban mirándola suplicantes, del mismo modo que la miraba Liam cuando quería algo en el supermercado.

Por favor, mamá, quiero esas gominolas con azúcar, con todos los conservantes y ese envoltorio con la marca tan bien puesta y ya sé que te prometí no pedir nada, pero es que las quiero.

Por favor, Tess, quiero a tu deliciosa prima y ya sé que prometí ser sincero en los buenos momentos y en los malos, en la salud y en la enfermedad, pero por favoor.

«No. No puedes quedarte con ella. He dicho que no».

—No encontrábamos el momento ni el lugar adecuado —explicó Will—. Y queríamos decírtelo los dos. No podíamos... y entonces pensamos que no podíamos seguir sin que tú lo supieras, de modo que... —Movía la mandíbula como un pavo, dentro y fuera, adelante y atrás—. Pensamos que nunca iba a haber un buen momento para una conversación como esta.

Nosotros. Eran un nosotros. Ya lo habían hablado. Al margen de ella. Bien. Por supuesto que lo habían hablado al

margen de ella, como también se habían enamorado al margen de ella.

—Creí que yo también debería estar aquí —añadió Felicity.

—Ah, ¿sí? —ironizó Tess. No podía soportar mirar a Felicity—. ¿Y ahora qué va a pasar?

Formular la pregunta la llenó de una nauseabunda ola de incredulidad. Seguramente no iba a pasar nada. Seguramente Felicity saldría disparada a una de sus recientes clases de gimnasia y Will subiría a charlar con Liam mientras se bañaba, quizá llegara al fondo del problema de Marcus, mientras Tess freía algo para la cena; ya tenía listos los ingredientes, era demasiado extraño pensar en la pequeña bandeja de tiras de pollo envuelta en plástico, que esperaba aburrída en el frigorífico. Seguramente Will y ella se tomarían un vaso de la botella de vino medio vacía y hablarían de posibles hombres para la renovada y atractiva Felicity. Habían barajado muchas posibilidades. Su gestor bancario italiano. El gran tipo silencioso que les suministraba todas sus mermeladas de gourmet. Ni una sola vez se había dado Will una palmada en la frente diciendo: «¡Por supuesto! ¿Cómo se me ha podido pasar? ¡Yo! ¡Sería perfecto para ella!».

Era una broma. No podía dejar de pensar que todo era una broma macabra.

—Sabemos que no hay nada que pueda hacer esto fácil, justo o mejor —dijo Will—. Pero haremos lo que tú quieras, lo que tú creas que es mejor para Liam y para ti.

—Para Liam —repitió ella estupefacta.

Inexplicablemente, no se le había ocurrido que tendrían que contárselo a Liam, que el niño tendría algo que decir o que le afectaría de algún modo. Liam, que en ese momento estaría arriba, echado en el suelo viendo la televisión, con su pequeña mente de seis años abarrotada de preocupaciones por Marcus.

«No, pensó. No, no. no. En absoluto».

Vio a su madre aparecer en la puerta de su habitación. «Papá y yo queremos hablar de una cosa contigo».

A Liam no le sucedería lo que le sucedió a ella. Por encima de su cadáver. Su guapo hijo de rostro serio no iba a experimentar la pérdida y el estupor que ella sintió aquel horrible verano de hace tantos años. No prepararía la mochila con ropa cada dos viernes. No iba a poner un calendario en el frigorífico para ver dónde le tocaba dormir cada fin de semana. No iba a aprender a pensárselo antes de hablar cada vez que uno de sus padres le hiciera una pregunta aparentemente inocente sobre el otro.

Las ideas se le agolpaban en la cabeza.

Ahora lo que más importaba era Liam. Sus propios sentimientos eran irrelevantes. ¿Cómo podía salvar esta situación? ¿Cómo podía impedirla?

—Nunca, jamás hemos querido que pasara esto. —Los ojos de Will eran grandes y cándidos—. Queremos hacer las cosas de la mejor manera. La mejor manera para todos. Incluso nos hemos preguntado...

Tess vio que Felicity hacía un leve movimiento de cabeza a Will.

—Incluso os habéis preguntado ¿qué? —dijo Tess.

Una prueba más de sus charlas. Podía imaginar la placentera intensidad de esas conversaciones. Ojos llorosos en demostración de lo buenas personas que eran, cuánto sufrían por la mera idea de hacer daño a Tess, pero ¿qué podían hacer ellos ante su pasión, su amor?

—Es demasiado pronto para hablar de lo que vamos a hacer. —De pronto la voz de Felicity se había hecho más resuelta.

Tess se clavó las uñas en las palmas de las manos. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía a hablar con su voz habitual, como si fuera una situación habitual, un problema habitual?

—Incluso os habéis preguntado ¿qué? —Tess no apartaba la mirada de Will.

Olvídate de Felicity, se dijo a sí misma. *No tienes tiempo para sentir cólera. Piensa, Tess, piensa.*

El rostro de Will pasó del blanco al carmesí.

—Nos hemos preguntado si podríamos vivir todos juntos. Aquí. Por Liam. Esto no es una ruptura normal. Somos todos... familia. Por eso pensamos, quiero decir, quizá sea una locura, pero hemos pensado que podría ser. De momento.

Tess soltó una carcajada. Un sonido fuerte, casi gutural. ¿Habían perdido el juicio?

—¿Quieres decir que yo salgo del dormitorio y entra Felicity? ¿Y qué le decimos a Liam?: «No te preocupes, cariño, ahora papá se acuesta con Felicity y mamá duerme en otra habitación».

Felicity parecía avergonzada.

—Por supuesto que no.

—Si lo quieres ver así... —empezó Will.

—¿Cómo quieres que lo vea?

Will suspiró. Echó el cuerpo hacia delante.

—Mira —continuó—, no tenemos por qué decidir nada ahora mismo.

A veces Will empleaba en la oficina un tono particularmente masculino, razonable pero autoritario, cuando quería que las cosas se hicieran de determinada manera. A Tess y Felicity les repateaba. En ese momento estaba empleando el mismo tono, como si hubiera llegado la hora de poner las cosas en su sitio.

Qué atrevimiento.

Tess levantó los puños y dio tal puñetazo en la mesa que temblaron hasta las patas. Jamás había hecho nada semejante. Se sentía ridícula, absurda y algo excitada. Le gustó ver estremecearse a Will y Felicity.

—Voy a deciros lo que va a pasar —precisó, porque de pronto lo vio meridianamente claro.

Era sencillo.

Will y Felicity necesitaban tener un romance en condiciones. Cuanto antes mejor. La ardiente pasión que sentían debía seguir su curso. Por el momento era dulce y sexy. Eran amantes maltratados por el destino; Romeo y Julieta mirándose tiernamente por encima del dragón de Tos Stop. Tenía que volverse sudorosa, pegajosa, sórdida y por último, con suerte, si Dios quiere, banal y aburrida. Will amaba a su hijo y, una vez disipada la niebla del deseo, comprendería que había cometido un error terrible pero no irremediable.

Las cosas podían arreglarse.

La única salida para Tess era irse. Inmediatamente.

—Liam y yo nos vamos a vivir a Sydney —dijo—. Con mamá. Acaba de llamar para decirme que se ha roto el tobillo. Necesita alguien allí que la ayude.

—¡Oh, no! ¿Cómo ha sido? ¿Se encuentra bien? —dijo Felicity.

Tess no le hizo caso. Felicity ya no tenía que fingir ser la sobrina cariñosa. Era la otra mujer. Tess era la esposa. Iba a luchar por ello. Por Liam. Lucharía y vencería.

—Nos quedaremos con ella hasta que mejore su tobillo.

—Pero, Tess, no puedes llevarte a Liam a vivir a Sydney. —El tono mandón de Will se había esfumado—. Él era un chico de Melbourne. Nunca se había planteado vivir en ninguna otra parte.

Miró a Tess con expresión herida, como si él fuera Liam injustamente reprendido por algo. Luego enarcó las cejas.

—¿Qué pasa con el colegio? —dijo—. No puede perder clases.

—Puede ir al Santa Ángela un cuatrimestre. Necesita alejarse de Marcus. Le vendrá bien. Un cambio total de escenario. Podrá ir andando al colegio como hice yo.

—No podrás matricularle —aseguró Will fuera de sí—. ¡No es católico!

—¿Cómo que no es católico? —dijo Tess—. Está bautizado en la Iglesia católica.

Felicity abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Lo matricularé —anunció Tess. No tenía ni idea de lo difícil que iba a ser—. Mamá conoce gente en la parroquia.

Mientras hablaba, Tess evocaba imágenes del Santa Ángela, el pequeño colegio católico al que habían acudido Felicity y ella. Jugando a la rayuela a la sombra de las agujas de la iglesia. El sonido de las campanas. El rancio olor dulzón de los plátanos olvidados al fondo de la mochila. Estaba a cinco minutos de camino de la casa de la madre de Tess. Al final de una calle sin salida flanqueada de árboles que, en verano, formaban una cúpula de hojas verdes semejante a una catedral. Estaban en otoño, todavía hacía suficiente calor para nadar en Sydney. Las hojas de los ocozoles estarían marrones y doradas. Liam caminaría por senderos irregulares entre montones de hojas de jacarandás tenuemente moradas.

Todavía seguían en Santa Ángela algunos viejos profesores de los tiempos de Tess. Sus antiguos compañeros de clase habían crecido y se habían convertido en madres y padres que llevaban allí a sus propios hijos. La madre de Tess mencionaba a veces sus nombres y ella apenas podía creer que siguieran existiendo. Como los fantásticos hermanos Fitzpatrick. Seis chicos rubios de mandíbula cuadrada tan parecidos entre sí que parecían comprados en un lote. Eran tan guapos que Tess solía ruborizarse cuando pasaba cerca alguno de ellos. Uno de los monaguillos siempre era un Fitzpatrick. Todos ellos dejaron el Santa Ángela en 4º curso para cambiarse al exclusivo colegio católico masculino de la bahía. Eran tan ricos como maravillosos. Por lo que había oído, el mayor de los Fitzpatrick tenía tres hijas que estaban todas en el Santa Ángela.

¿Sería capaz de hacerlo? ¿Llevarse a Liam a Sydney y enviarlo a su antiguo colegio? Le parecía imposible, como si estuviera intentando enviarlo a su propia infancia a través del tiempo. Por un momento volvió a sentir vértigo. Aquello no estaba ocurriendo. Por supuesto, no sería capaz de sacar a Liam del colegio. Su proyecto sobre los animales marinos estaba previsto para el viernes. Debía ir a atletismo el sábado. Tenía montones de ropa que tender y un posible nuevo cliente que visitar al día siguiente por la mañana.

Pero vio que Will y Felicity volvían a intercambiar miradas y le dio un vuelco el corazón. Consultó el reloj. Eran las seis y media de la tarde. El tema musical del insoportable programa *The Biggest Loser* llegaba desde el piso de arriba. Liam debía de haber quitado el DVD y puesto la televisión. No tardaría en cambiar de canal en busca de alguna peli de tiros.

«¡No se consigue nada sin esfuerzo!», gritaba alguien en el plató de televisión.

Tess odiaba las frases huecas de motivación empleadas en ese programa.

—Sacaré dos billetes de avión para esta noche —dijo.

—¿Esta noche? —repitió Will—. No puedes hacer volar a Liam esta noche.

—Claro que puedo. Hay un vuelo a las nueve. No hay problema.

—Tess —intervino Felicity—, nos estamos pasando. No te hace ninguna falta...

—Nos quitamos de en medio —dijo Tess—. Para que Will y tú podáis acostaros juntos. Al fin. ¡Ocupad mi cama! He cambiado las sábanas esta mañana.

Se le venían otras cosas a la cabeza. Cosas mucho peores que podría decir.

A Felicity: «¡Menos mal que has perdido peso, porque a él le gusta contigo encima!».

A Will: «No le mires demasiado cerca las estrías».

Pero, no, eran ellos quienes deberían sentirse tan sórdidos como un motel de carretera. Se levantó y se alisó la falda.

—Esto es todo. Tendréis que llevar la agencia sin mí. Decid a los clientes que ha habido una emergencia familiar.

Lo cual era verdad.

Se disponía a recoger la fila de tazas de café medio llenas de Felicity, ensartando con los dedos el máximo posible de asas, cuando cambió de idea y volvió a dejar las tazas. Luego, mientras Will y Felicity la observaban, eligió las dos que estaban más llenas, las levantó en las palmas de sus manos y, con la cuidadosa puntería de una jugadora de *netball*, arrojó el café frío a sus estúpidas, serias y compungidas caras.

CAPÍTULO TRES

Rachel había pensado que iban a decirle que estaban esperando otro bebé. Eso era lo que lo hacía mucho peor. En cuanto entraron en casa supo que se trataba de una noticia importante. Tenían la expresión afectada y petulante de quienes están a punto de hacer que te sientes a escuchar.

Rob había estado hablando más de lo normal. Lauren había estado hablando menos de lo normal. El único que se había comportado con normalidad había sido Jacob, correteando por la casa de acá para allá, abriendo armarios y cajones donde sabía que Rachel guardaba tesoros de juguetes y cosas que pensaba que podrían interesarle.

Por supuesto, Rachel nunca había preguntado a Lauren o Rob si tenían algo que quisieran contarle. No era de esa clase de abuelas. Se esmeraba en ser la suegra perfecta cuando Lauren la visitaba: atenta pero sin ser empalagosa, interesada, pero sin ser fisgona. Jamás criticaba ni hacía la menor sugerencia sobre Jacob, ni siquiera a Rob cuando estaba solo, porque sabía lo mal que le sentaría a Lauren oír: «Mi madre dice...». No era fácil. Una incesante corriente de sugerencias fluía silen-

ciosamente por su cabeza, como esas tiras de noticias que pasan por la parte de debajo de la televisión en la CNN.

Para empezar, ¡al chico le hacía falta un corte de pelo! ¿Acaso estaban ciegos como para no ver que Jacob no hacía más que apartarse el pelo de los ojos? Además, el tejido de esa horrible camisa de Thomas the Tank era demasiado áspero para su piel. Si la llevaba el día que se quedaba con él, se la quitaba inmediatamente y le ponía una buena camiseta vieja, y luego volvía a vestirle en cuanto los sentía acercarse por el camino de entrada.

Pero ¿de qué le habían servido todas sus atenciones de suegra comedida? Podía perfectamente haber sido una suegra horrible. Porque se iban y se llevaban a Jacob con ellos, como si estuvieran en su derecho, como efectivamente así era, al menos técnicamente.

No había nuevo niño. Le habían ofrecido un trabajo a Lauren. Un trabajo maravilloso en Nueva York. Era un contrato de dos años. Se lo dijeron en la mesa mientras tomaban el postre (flan de crema de manzana Sara Lee y helado). A juzgar por su júbilo, podría pensarse que le habían ofrecido a Lauren un trabajo en el mismísimo paraíso.

Jacob estaba sentado en el regazo de Rachel cuando se lo dijeron, el cuerpecito sólido y macizo fundido con el suyo con la divina flojera de un niño pequeño cansado. Rachel aspiraba el aroma de sus cabellos, con los labios contra la suave depresión en el centro de su cuello.

La primera vez que tuvo a Jacob en brazos y puso los labios en su tierna y frágil cabecita, se había sentido revivir, como una planta mustia cuando la riegan. Su olor a recién nacido le había llenado los pulmones de oxígeno. Había notado que se le enderezaba la columna vertebral, como si alguien le hubiera quitado al fin una pesada carga que se hubiera visto obligada a llevar durante años. Cuando salió al aparcamiento del hospital había podido volver a ver el mundo de colores.

—Esperamos que vengas a visitarnos —dijo Lauren.

Lauren era una «mujer de carrera». Trabajaba en el Commonwealth Bank en un puesto muy destacado, estresante e importante. Ganaba más que Rob. Esto no era un secreto. De hecho, Rob parecía orgulloso de ello, y lo sacaba a colación más de lo necesario. Si Ed hubiera oído a su hijo presumir del salario de su mujer, habría preferido que se lo tragara la tierra, conque menos mal que..., bueno, ya se lo había tragado la tierra.

Rachel también había trabajado en el Commonwealth Bank antes de casarse, aunque esta coincidencia nunca había salido a relucir en sus conversaciones sobre el trabajo de Lauren. Rachel no sabía si su hijo había olvidado ese dato de la vida de su madre, no lo había sabido nunca o simplemente no le parecía interesante. Por supuesto, Rachel se daba perfecta cuenta de que su modesto trabajo en el banco, que dejó nada más casarse, no guardaba ninguna semejanza con la «ascendente carrera» de Lauren. En realidad, Rachel no podía ni imaginar lo que hacía Lauren a diario. Lo único que sabía era que se trataba de algo relacionado con la «gestión de proyectos».

Cabría pensar que alguien tan competente en la gestión de proyectos podría gestionar sin problemas el proyecto de hacer la mochila de Jacob cuando iba a pasar la noche, pero por lo visto no era así. Lauren siempre parecía olvidar algo esencial.

Se acabaron las noches con Jacob. Y la hora del baño. Y los cuentos. Y los bailes al son de los Wiggles en el cuarto de estar. Era como si se estuviera muriendo. Tuvo que recordarse a sí misma que todavía estaba vivo, sentado en su regazo.

—¡Sí, tienes que venir a vernos a Nueva York, mamá!

Sonó como si ya tuviera acento americano. Le brilló la dentadura al sonreír a su madre. Aquella dentadura les había costado una fortuna a Ed y Rachel. La sólida dentadura de teclado de piano cuadraba perfectamente con América.

— ¡Hazte tu primer pasaporte, mamá! Incluso podrías ver un poco de Estados Unidos si quisieras. Hacer uno de esos recorridos en autobús. O, ya lo sé, ¡viajar en crucero por Alaska!

A veces ella se preguntaba si, de no haber estado divididas sus vidas por un gran muro — antes y después del 6 de abril de 1984 —, Rob habría crecido de forma distinta. No tan increíblemente optimista, no tan parecido a un agente de la propiedad inmobiliaria. Claro que teniendo en cuenta que era agente de la propiedad inmobiliaria, no tenía nada de raro que se comportara como tal.

— Quiero hacer un crucero por Alaska — anunció Lauren poniendo una mano encima de la de Rob—. Siempre me he imaginado a los dos haciendo uno cuando seamos viejos y canosos.

Acto seguido tosió, probablemente porque se dio cuenta de que Rachel era vieja y canosa.

— Sería interesante, desde luego. — Rachel dio un sorbo al té—. Quizá algo fresco.

¿Estaban locos? Rachel no quería hacer un crucero por Alaska. Quería sentarse al sol en las escaleras de atrás y hacer pompas de jabón para Jacob y verlo reír. Quería verlo crecer semana a semana.

Y deseaba que tuvieran otro niño. Pronto. ¡Lauren tenía treinta y nueve años! La semana pasada Rachel le había dicho a Marla que ya era hora de que Lauren tuviera otro niño. En estos tiempos se tienen tarde, le contestó esta. Pero eso había sido cuando secretamente pensaba que se lo iban a anunciar en cualquier momento. De hecho, había estado haciendo planes para el segundo niño (como una suegra corriente y entrometida). Había decidido jubilarse cuando llegara el niño. Le encantaba su trabajo en el Santa Ángela, pero dentro de dos años cumpliría los setenta (¡setenta!) y ya se notaba fatigada. Con cuidar a dos niños dos días a la semana tendría bastante. Se había

hecho a la idea de que ese era su futuro. Casi podía notar el peso del nuevo niño en los brazos.

¿Por qué no quería otro niño la condenada chica? ¿No quería darle un hermano o una hermana a Jacob? ¿Qué tenía de particular Nueva York, con tantos pitidos de claxon y vapor saliendo extrañamente por los agujeros del alcantarillado? Por el amor de Dios, la chica había vuelto a trabajar tres meses después del nacimiento de Jacob. Tampoco representaba tanto inconveniente para ella tener un niño.

Si esa mañana alguien hubiera preguntado a Rachel por su vida, hubiera respondido que se sentía plena y satisfecha. Cuidaba a Jacob lunes y viernes, y el resto del tiempo él iba a la guardería mientras Lauren estaba sentada en su mesa de trabajo de la ciudad, gestionando sus proyectos. Cuando Jacob estaba en la guardería Rachel trabajaba de secretaria en el colegio Santa Ángela. Tenía su trabajo, sus plantas, su amiga Marla, su pila de libros de la biblioteca y dos valiosos días a la semana con su nieto. Además, Jacob se quedaba a menudo a dormir con ella los fines de semana, para que sus padres pudieran salir. A los dos les gustaba ir a buenos restaurantes, al teatro y a la ópera, figúrate. Las carcajadas que habría soltado Ed de haberlo sabido.

Si alguien le hubiera preguntado: «¿Eres feliz?», ella habría dicho: «Todo lo feliz que puedo ser».

No tenía ni idea de que su vida estaba construida sobre una base muy frágil, como un castillo de naipes, y que Rob y Lauren podían marcharse de allí cualquier lunes por la noche y llevarse tranquilamente la única carta que importaba. Si quitaba la carta de Jacob, su vida se derrumbaría y se vendría abajo con una suavidad casi etérea.

Rachel posó los labios en la cabeza de Jacob y los ojos se le llenaron de lágrimas.

No era justo. No era justo. No era justo.

— Dos años pasan pronto — dijo Lauren fijando sus ojos en Rachel.

— ¡Así! — Rob chasqueó los dedos.

Tal vez para ti, pensó Rachel.

— A lo mejor no estamos los dos años enteros — manifestó Lauren.

— ¡O podéis quedaros allí para siempre! — objetó Rachel con una gran sonrisa radiante, para dejar claro que estaba en el mundo y sabía cómo funcionaban estas cosas.

Pensó en las gemelas Russell, Lucy y Mary, y en sus respectivas hijas, que se habían ido a vivir a Melbourne. «Acabarán quedándose allí», le había dicho con tristeza Lucy a Rachel al salir de la iglesia. Había sido hacía muchos años, pero a Rachel se le había quedado grabado, porque Lucy había acertado. Las últimas noticias que tenía Rachel eran que ambas primas — la tímida hija de Lucy y la oronda hija de Mary con sus bonitos ojos — seguían en Melbourne y allí pensaban quedarse.

Pero Melbourne estaba a un paso, un salto y te plantabas allí. Si querías, podías volar a Melbourne en el día. Lucy y Mary lo hacían muchas veces. Pero no podías volar a Nueva York en el día.

Y luego estaba la gente como Virginia Fitzpatrick, que compartía (por así decirlo) el puesto de secretaria con Rachel. Virginia tenía seis hijos y catorce nietos y la mayoría de ellos vivían a veinte minutos a la redonda de Sydney North Shore. Si uno de los hijos de Virginia decidiera irse a Nueva York, probablemente ella no lo notaría porque le quedaban otros muchos nietos.

Rachel debería haber tenido más hijos. Debería haber sido una buena esposa y madre católica y haber tenido por lo menos seis, pero no, no los había tenido a causa de su vanidad, de sentirse secretamente especial, distinta de todas las demás mujeres. Dios sabe exactamente en qué sentido había pensado

que era especial. Porque no ambicionaba carrera ni viajes ni nada por el estilo, como las chicas de hoy.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Rachel a Lauren y Rob mientras Jacob se deslizaba de repente de su regazo y se dirigía a una de sus misiones urgentes en el cuarto de estar.

Un momento después empezó a oír el sonido de la televisión. La espabilada criatura había averiguado el modo de utilizar el mando a distancia.

—A finales de agosto —anunció Lauren—. Tenemos que resolver un montón de cosas. Visados y demás. Hay que buscar piso, una niñera para Jacob.

Una niñera para Jacob.

—Un trabajo para mí —añadió Rob nervioso.

—Oh, sí, cariño —repuso Rachel. Procuraba tomarse en serio a su hijo—. Trabajo para ti. En una inmobiliaria, ¿no crees?

—Todavía no es seguro —declaró Rob—. Tendremos que ver. Podría acabar ejerciendo de amo de casa.

—Lamento no haberle enseñado nunca a cocinar —dijo Rachel a Lauren, sin sentirlo demasiado.

A Rachel nunca le había interesado mucho la cocina ni cocinar bien; era una faena doméstica más, como lavar la ropa. Lo mismo que piensa de la cocina la gente de hoy día.

—No pasa nada. —Lauren sonrió—. Probablemente saldremos a menudo a comer a los restaurantes de Nueva York. Ya sabes, la ciudad que nunca duerme.

—Aunque, por supuesto, Jacob necesitará dormir —advirtió Rachel—. ¿O le va a dar de cenar la niñera mientras vosotros salís?

A Lauren se le borró la sonrisa y miró de reojo a Rob, que estaba ajeno a la conversación, por supuesto.

De pronto el volumen de la televisión aumentó y una voz enlatada retumbó en toda la casa: «¡No se consigue nada sin esfuerzo!».

Rachel reconoció la voz. Era uno de los presentadores de *The Biggest Loser*. Le gustaba ese programa. Le apaciguaba verse metida en un mundo de plástico de colores chillones, donde lo único que importaba era cuánto comías y cuánto ejercicio hacías, donde no se sufría dolor ni angustia por ninguna tragedia más allá de las flexiones y los abdominales, donde la gente hablaba con pasión de calorías y lloraba de alegría por perder kilos. Y luego vivían felices y delgados para siempre.

—¿Estás jugando con el mando a distancia, Jake? —alzó Rob la voz por encima del estruendo de la televisión.

Se levantó de la mesa y fue al cuarto de estar.

Siempre era el primero en levantarse para ir a ver a Jacob. Nunca Lauren. Él le había cambiado los pañales desde el primer momento. Claro que todos los papás cambian pañales hoy día. Seguro que no les causaba daño. Pero a Rachel le causaba sentirse incómoda, casi avergonzada, como si estuvieran haciendo algo inadecuado, demasiado femenino. Las chicas de hoy pondrían el grito en el cielo si ella se atreviera a reconocerlo públicamente.

—Rachel —dijo Lauren.

A Rachel no se le escapó la mirada nerviosa de Lauren, como si tuviera que pedirle un gran favor. «Sí, Lauren. Yo cuidaré de Jacob mientras Rob y tú estáis en Nueva York. ¿Dos años? Sin problemas. Marchaos. Pasadlo bien».

—Este viernes —vaciló Lauren—. Viernes Santo. Ya sé que es, eh, el aniversario...

Rachel se quedó helada.

—Sí —aseveró en su tono más glacial—. Sí, así es.

No tenía el menor deseo de hablar con nadie sobre ese viernes y menos con Lauren. Su cuerpo había notado hacía semanas que se acercaba el Viernes Santo. Coincidió todos los años con los últimos días del verano, cuando notaba que el clima empezaba a refrescar. Se le tensaban los músculos, sentía

un hormigueo de horror y luego se acordaba: *Por supuesto, ya está aquí otra vez el otoño*. Qué pena. A ella solía gustarle el otoño.

— Comprendo que vayas al parque — aseguró Lauren como si estuvieran comentando dónde dar la próxima fiesta —, solo me preguntaba si...

Rachel no podía soportarlo.

— ¿Te importaría si no hablamos de eso ahora? Mejor en otro momento.

— Por supuesto. — Lauren se ruborizó y Rachel sintió una punzada de culpa. Rara vez jugaba esa carta. La hacía sentirse mezquina.

— Voy a hacer té — dijo, empezando a recoger los platos.

— Deja que te ayude. — Lauren fue a levantarse.

— Quédate quieta — ordenó Rachel.

— Si lo prefieres...

Lauren se metió un mechón de cabellos rubio rojizo detrás de la oreja. Era una chica guapa. La primera vez que la había llevado a casa para que conociera a Rachel, Rob apenas había podido contener su orgullo. Le recordó su carita redonda y sonrosada cuando llevó a casa su primer dibujo de la escuela infantil.

Lo ocurrido a su familia en 1984 debería haber hecho que Rachel quisiera aún más a su hijo, pero no fue así. Fue como si hubiera perdido la capacidad de amar, hasta que nació Jacob. Para entonces Rob y ella habían establecido una relación perfectamente cordial, pero parecida a ese horrible chocolate de algarrobas que, en cuanto lo pruebas, sabes que se trata de un insípido sucedáneo. Por tanto, Rob tenía todo el derecho a quitarle a Jacob. Se lo merecía por no haberle querido lo suficiente. Esa era su penitencia. Doscientos avemarías y tu nieto se va a Nueva York. Siempre había un precio y Rachel siempre tenía que pagarlo todo de una vez. Sin descuentos. Igual que había pagado por su error en 1984.

Ahora Rob estaba haciendo reír a Jacob. Peleando con él, probablemente poniéndolo cabeza abajo agarrado por los tobillos, como Ed solía pelear con él.

—¡Aquí está el... MONSTRUO DE LAS COSQUILLAS! —gritó Rob.

Las risas de Jacob entraron flotando en el salón como hileras de pompas de jabón, y Lauren y Rachel se rieron al unísono. Era irresistible, como si les estuvieran haciendo cosquillas a ellas mismas. Sus miradas se cruzaron y en ese momento la risa de Rachel se tornó en llanto.

—Oh, Rachel. —Lauren se levantó a medias de la silla y alargó una mano con una perfecta manicura (tenía manicura, pedicura y masaje cada tres sábados. Lo llamaba «el tiempo de Lauren». Cuando tocaba «el tiempo de Lauren», Rob llevaba a Jacob a casa de Rachel e iban al parque de la esquina y tomaban sándwiches de huevo)—. Lo siento mucho, sé cuánto vas a echar de menos a Jacob, pero...

Rachel dio un suspiro entrecortado y reunió todas sus fuerzas para recuperar la compostura, como si estuviera retrocediendo desde el borde de un precipicio.

—No seas tonta —dijo tan bruscamente que Lauren se estremeció y se dejó caer en la silla—. Estaré perfectamente. Es una oportunidad magnífica para vosotros.

Se puso a apilar los platos de postre, formando un montón poco atractivo con las sobras de Sara Lee.

—Por cierto —añadió antes de salir del salón—, este niño necesita un corte de pelo.